

La locura de Guy de Maupassant

Noemí Figueroa Denche

Ángel Cagigas

Universidad de Jaén

Resumen

Este artículo estudia el enigma sobre lo autobiográfico en la obra de Guy de Maupassant, asunto aún hoy sin respuesta clara. Las similitudes entre los fenómenos sufridos por algunos de los personajes de sus cuentos fantásticos y la enfermedad mental del propio escritor son tan evidentes que hacen dudar de si realmente Maupassant no se estará reflejando a sí mismo en sus palabras o si, al menos, su preferencia por asuntos como la locura, el suicidio y la muerte no se nutren de la mente atormentada por la progresiva enajenación sufrida por el fantasma de la locura. La locura, la muerte y las ciencias ocultas eran recursos frecuentes en la literatura francesa del siglo XIX, pero la atracción de Maupassant por este universo oculto y misterioso va más allá de la simple descripción objetiva de casos, pues, en muchos de sus cuentos, el realismo con el que aparecen relatados el miedo, la angustia y la experiencia de una mente loca recuerdan en exceso al discurso de un paciente real. Las opiniones acerca del grado de experiencia personal expresado en los cuentos fantásticos del escritor han sido múltiples y dispares, y si bien no es posible una conclusión definitiva, el caso de *El Horla* parece indicar que la mente atormentada del escritor encuentra su expresión en diferentes partes del relato. A lo largo de este artículo se pondrán de relieve las relaciones entre el universo literario de Maupassant, centrado particularmente en sus cuentos, y sus propias experiencias personales, su propia vivencia de la enfermedad.

Palabras clave: Guy de Maupassant, locura, historia de la psicología.

Abstract

This paper analyzes the enigma about the autobiographic aspects in the Guy de Maupassant's works, that is still today a question without a clear answer. The symptoms of several characters of his fantastic stories are so similar with the symptoms of the writer's mental illness, that

sometimes is difficult sometimes to know if Maupassant is talking us about himself or if his preferences by madness, suicide and death are not fed by a tortured mind because of the progressive alienation by the madness ghost. Madness, death and the occult sciences are usual expedients in the French literature at the XIXth century but the attraction of Guy de Maupassant towards this occult and amazing universe is beyond the simple objective description because a lot of his stories tell a very detailed, very real, anguished, distressing, terrifying experiences, that are a similar experiences of a patient with a real mental disorder. The opinions about the height of the personal experiences in the stories of Guy the Maupassant are very varied and different, thus is not possible a definitive conclusion, but the case called *El Horla* explains the expression of Guy de Maupassant's tortured mind through different parts of the story. In this paper, we emphasize the relations between the Maupassant's literary world, through the story of *The Horla*, and his process of mental illness.

Keywords: Guy de Maupassant, madness, history of psychology.

Guy de Maupassant conoció el éxito literario en 1880, con tan sólo treinta años, gracias a su obra *Bola de Sebo* con la que se ganó el reconocimiento de crítica y público que iba a acompañarle hasta el final de sus días. En un espacio realmente breve de tiempo, acumuló una impresionante creación literaria propia de los mayores genios de la literatura, y hubiera podido ser aún mayor si la muerte no lo hubiera encontrado trece años después de su primer éxito entre las paredes de una institución psiquiátrica. Autor de novelas, cuentos cortos y crónicas periodísticas, la obra de Maupassant siempre estuvo marcada por un pesimismo y nihilismo existenciales cada vez más acusados en unos relatos exquisitos impregnados del naturalismo heredado de su maestro Flaubert. La genialidad de este autor da sus mejores frutos en la descripción y abordaje del misterioso mundo de la locura, donde se convirtió en un verdadero maestro.

En el París de la segunda mitad del siglo XIX eran muchos los artistas, poetas y escritores que se interesaban por los tormentos de la mente y los plasmaban en sus expresiones artísticas. Pero ya habrán podido adivinar que la predilección de Maupassant por este tipo de fenómenos va mucho más allá de su simple utilización como recurso literario: «Los locos me atrajeron siempre, y siempre me vuelvo hacia ellos, llamado a mi pesar por ese misterio banal de la demencia» (cit. en Murat, 2001). De esta forma, locura, pero también muerte, suicidio, enajenación mental y fuerzas ocultas turban la mente de este hombre y dominan sus relatos.

Y si Maupassant se sentía tan intensamente atraído por estos fenómenos era porque ya desde sus primeros años como escritor, sufría de síntomas que le hacían intuir la posible llegada de la locura a su vida. Hoy sabemos que padecía sífilis y que fue, supuestamente, esta enfermedad la que le condujo por el doloroso camino de la demencia y la muerte; aunque lejos de lamentarse por ello, se sentía orgulloso de sufrir tal enfermedad debido a que en aquella época era signo de hombría, potencia

sexual y condición casi indispensable para ser un auténtico artista. A pesar de este sentimiento de orgullo, Maupassant vivía atormentado con la idea de que algo terrible podía sucederle, una obsesión dominaba su mente: el temor a volverse loco. Sus síntomas, unidos a la historia de su propia familia, sobre todo el hecho de ver morir a su hermano menor preso de la locura, le hacían tener todavía más presente ese miedo. Poco a poco, el juicio de Maupassant se escapaba de su mente, que empezaba a llenarse de delirios y de alucinaciones. En sus períodos de claridad mental, cada vez menos frecuentes, tenía ya la certeza de cuál iba a ser su final y así se lo hizo saber a su amigo el doctor Henri Cazalis: «Es la muerte inminente y estoy loco. Mi cabeza esta ida. Adiós amigo, no me volverá a ver» (cit. en Murat, 2001).

Ante una posibilidad cada vez más real, Maupassant tenía clara su elección, incluso había llegado a confesar al Dr. Fermy que «Entre la locura y la muerte, no hay que dudar, mi elección está hecha» (cit. en Murat, 2001). Y, cumpliendo con esta clara convicción, en 1890, intentó suicidarse dos veces en una misma noche. Después de esto, fue ingresado en una clínica psiquiátrica donde, ya totalmente absorto en su locura, la muerte lo encontraría en 1893 a la edad de 43 años.

1. *EL HORLA*

Existen muchas dudas acerca del matiz autobiográfico de los cuentos de Maupassant. El realismo, la angustia transmitida y las descripciones tremendamente vívidas, siniestras y turbadoras de las experiencias de sus personajes afectados por la locura, hacen dudar de si quien realmente nos está hablando no es el mismo autor preso ya de un proceso de enajenación.

El Horla es, sin duda, el relato de Maupassant que mejor refleja este asunto. En el año de su publicación, 1887, los síntomas del autor daban ya señales inequívocas de proceso demencial, y su obsesión y temor por caer en manos de la locura empezaban a confirmarse. La obra gira en torno a la aparición de la locura a modo de invasión, lenta pero segura, de otro ser en la mente de un hombre que nada puede hacer para evitarlo. El resultado será la dominación y anulación absolutas de la voluntad del personaje bajo la influencia de una fuerza tan superior y poderosa que hace inútil cualquier intento de lucha u oposición.

Presentada a modo de diario personal, la precisa y detallada descripción de los pensamientos, sentimientos y sensaciones sufridos durante la incursión progresiva en la locura, esto es, de una auténtica fase de trema, es realmente aterradora. El protagonista nos cuenta cómo de repente una mañana empieza a sentirse mal. No lo relaciona con nada concreto, pero le abruma una sensación de que algo en el ambiente ha cambiado, algo misterioso y amenazador que no es capaz de identificar, aunque tiene la certeza de que no es nada bueno:

Tengo fiebre,... un enervamiento febril que me atormenta el alma tanto como el cuerpo. Tengo sin cesar la espantosa sensación de un peligro inminente, la aprensión de una desgracia que se acerca o de la muerte que se avecina, un presentimiento que es sin duda efecto de un mal todavía ignorado que germina en la sangre y en la carne.

Con las primeras pesadillas, irá convenciéndose de lo terrible que es lo que se avecina:

Duermo –mucho tiempo– dos o tres horas, y después un sueño –no, una pesadilla– me abrumba. Noto perfectamente que estoy acostado y que duermo... lo noto y lo sé... y noto también que alguien se acerca a mí, me mira, me palpa, se sube a mi cama, se arrodilla sobre mi pecho, coge mi cuello entre sus manos y aprieta... aprieta con todas sus fuerzas, para estrangularme.

Poco después, otros fenómenos aún más inexplicables convertirán sus suposiciones en la certeza de que un ser invisible y poderoso quiere adueñarse de su cuerpo y de su mente. Al descubrir su inmortalidad, descubrirá también que la única forma de acabar con él y con el sufrimiento que le provoca será a través de su propia muerte. Pero además, la batalla no es personal, sino que ese ser mágico y superior viene a someter a la raza humana bajo su voluntad.

Ya podemos detectar aquí la semejanza con el proceso de enajenación que sufrió Maupassant. A los síntomas físicos, se sumaron los fenómenos psicóticos que le hicieron caer en un pensamiento totalmente delirante y acabar vencido por el mayor de sus temores, la locura, o lo que es lo mismo, el Horla. Pero la voz y el pensamiento del autor pueden reflejarse en muchos otros puntos del relato.

Siguiendo el discurso habitual en sus cuentos, Maupassant pone en boca de su protagonista el rechazo y la indefensión ante lo inútil e imperfecto de la dimensión corporal del hombre, dotado de un sistema sensorial que no detecta ni una mínima parte de la realidad y que es incapaz de apreciar muchos detalles así como de ver cosas, como el Horla, que son invisibles pero existen:

¡Qué profundo es este misterio de lo Invisible! No lo podemos sondear con nuestros miserables sentidos, con nuestros ojos que no saben percibir ni lo demasiado pequeño ni lo demasiado grande... con nuestros oídos que nos engañan, pues nos transmiten vibraciones del aire como ondas sonoras... con nuestro olfato, más débil que el de un perro... ¡Ah! ¡Si tuviéramos otros órganos que realizaran en nuestro provecho otros milagros, cuántas cosas podríamos descubrir a nuestro alrededor!

Otro de los temas frecuentes en sus relatos es la hipnosis y su uso poco riguroso por parte de algunos que, por la época, empezaba a acontecer. En *El Horla*, el protagonista asiste a una sesión de dicha técnica; aunque primero incrédulo y escéptico, los hechos que observa le fuerzan a creer en lo sucedido y llegar a la siguiente conclusión:

el hombre es capaz de controlar la mente de otro ser humano. En los últimos párrafos del relato, ya absorto en su locura, arremeterá contra aquellos que han osado jugar con esa poderosa técnica, ya que hacen lo mismo que el Horla, adueñarse de la mente de los seres humanos y someterlos a su voluntad, han banalizado el poder del nuevo señor y esto tiene sus peligros:

El reinado del hombre ha terminado. Él ha venido... Después de las groseras concepciones del espanto primitivo, hombres más perspicaces lo presintieron con mayor claridad. Mesmer lo había adivinado, y los médicos, hace ya diez años, han descubierto, de forma concreta, la naturaleza de su poderío antes incluso de que lo ejerciera. Jugaron con esa arma del Señor nuevo, la dominación de una misteriosa voluntad sobre el alma humana esclavizada. Llamaron a eso magnetismo, hipnotismo, sugestión... ¡yo qué sé! ¡Los he visto divertirse como niños imprudentes con este horrible poder! ¡Desdichados de nosotros! ¡Desdichado del hombre!

Ahondando en el espíritu maupassantiano del relato, también el protagonista de este cuento siente pasión ante la naturaleza y los paisajes:

¡Qué visión cuando uno llega, como yo, a Avranches, al hacer el día!... Lancé un grito de asombro. Ante mí se extendía una bahía desmesurada, hasta muy lejos, entre dos costas alejadas que se perdían de vista entre brumas; y en el centro de esa inmensa bahía amarilla, bajo un cielo de oro y de claridad, se alzaba oscuro y picudo un extraño monte, en medio de las arenas. El sol acababa de desaparecer, y sobre el horizonte aún llameante se dibujaba el perfil de esa fantástica roca que lleva en su cima un fantástico monumento.

Esta descripción corresponde a un viaje realizado por el protagonista al inicio del relato con el objetivo de aliviar sus síntomas. Y esto es algo que también Maupassant hizo. En concreto, a finales de 1880, viajó a Córcega y se reunió con su madre durante unas semanas. Allí quedará maravillado con el paisaje y recuperará algo de su salud deteriorada, aunque igual que en el caso del protagonista del relato, la mejoría no fue más que pasajera.

En cualquier caso, Maupassant no dejó de probar todos los métodos conocidos en un intento desesperado por acabar con sus dolencias. Entre otros muchos, probó, igual que el protagonista de *El Horla*, la hidroterapia, aunque ninguno de ellos fue un tratamiento eficaz: «Mi estado se ha agravado aún más. ¿Qué es lo que tengo? El bromuro no sirve de nada; las duchas no sirven de nada».

Si nos introducimos ya en los síntomas propios del proceso de enajenación, las similitudes entre Maupassant y el protagonista del relato son también numerosas y evidentes, sufriendo el segundo muchos de los síntomas que atormentaron al primero. Es el caso de las alucinaciones visuales, sucesos inexplicables que son interpretados como señal inequívoca de la presencia del Horla:

Esta vez no estoy loco... he visto... ¡he visto!... No puedo dudarlo... Mientras me detenía a contemplar un Géant des Batailles que tenía tres flores magníficas, vi, vi, con toda claridad, muy cerca de mí, doblarse el tallo de una de esas rosas como si una mano invisible lo hubiera retorcido, y después romperse ¡como si una mano lo hubiera cogido! ¡Después la flor se elevó siguiendo la curva que habría descrito un brazo llevándola hacia una boca, y quedó suspendida en el aire transparente, sola, inmóvil, tremenda mancha roja a tres pasos de mis ojos... Enloquecido ¡me arrojé sobre ella para cogerla! ¡No encontré nada, había desaparecido!

Otro ejemplo de semejanza entre ambas figuras es el que se refiere al pensamiento delirante. En Maupassant tomó muchas formas, como la del delirio de persecución y de grandeza. Se creía en ocasiones comandante en la guerra franco-prusiana o poseedor de una gran fortuna que todo el mundo quería arrebatarse. En *El Horla*, el pensamiento delirante es, precisamente, el eje del relato. La intuición pasa a ser certeza tras sufrir tal número de sensaciones y fenómenos inexplicables que no dejan otra alternativa. Así, tras sufrir la alucinación antes mencionada con la rosa, leemos:

(...) estoy seguro, ahora, tan seguro como de la alternancia de los días y las noches, de que existe junto a mí un ser invisible, que se alimenta de leche y agua, que puede tocar las cosas... dotado, por consiguiente, de una naturaleza material, aunque imperceptible para nuestros sentidos, y que habita, como yo, bajo mi techo...

Llegados a este punto del relato y con el total convencimiento de la verdad de sus deducciones, el camino hacia la más absoluta de las locuras sigue avanzando hasta el punto de creer ver al Horla a través de un fenómeno de autoscopia negativa primero y del doble después:

(...) de pronto, sentí, estuve seguro de que leía por encima de mi hombro, de que estaba allí, rozando mi oreja. Me levanté, con las manos extendidas,... Se veía como en pleno día, ¡y no me vi en mi espejo!... ¡Mi imagen no aparecía en él... y yo estaba enfrente!... Y miraba aquello con ojos enloquecidos... no me atrevía a hacer un movimiento... sintiendo perfectamente que él estaba allí... él, cuyo cuerpo imperceptible había devorado mi reflejo. ¡Qué miedo tuve! Y después, de repente empecé a distinguirme entre una bruma, como a través de una capa de agua... Por fin pude distinguirme por completo, como lo hago cada día al mirarme. ¡Lo había visto! Y ha quedado en mí un espanto que aún me hace temblar.

Y de una forma sorprendentemente semejante, Maupassant tuvo experiencias como la siguiente:

Una vez de dos, entrando en mi casa... veo a mi doble. Abro mi puerta y me veo sentado sobre mi sillón... ¿Sabe usted que fijando durante tiempo mis ojos sobre mi propia imagen reflejada en un espejo, creo a veces perder la noción de mí mismo? En esos momentos todo se nubla en mi espíritu y encuentro extraño ver esa cabeza que no reconozco. Entonces me parece curioso ser lo que soy, es decir, alguien (cit. en Murat, 2001).

Estos párrafos describen la experiencia sufrida por ambos personajes de dejar de ser ellos mismos. El Horla ha devorado su imagen, por lo que no es posible confirmar su identidad a través de ese instrumento tan poderoso que es el espejo. Esto no es más que la señal inequívoca de que otro ser controla su cuerpo, de que la locura ha hecho ya su incursión total en un yo ahora escindido y disgregado de sí mismo:

¡Estoy perdido! ¡Alguien posee mi alma y la gobierna! Alguien ordena todos mis actos, todos mis movimientos, todos mis pensamientos. Ya no soy nada en mí, nada sino un espectador esclavo y aterrado de todas las cosas que realizo.

Por último, en un desesperado intento de salvación y en uno de los cada vez menos frecuentes períodos de lucidez, Maupassant tendrá claro que ante la presencia sobrecogedora y avasalladora de la locura sólo existe una solución, el suicidio. Es mucho mejor morir que caer rendido ante esa sombra que implica permanecer enajenado, alienado y disgregado de sí mismo. De la misma forma, ese ser que controla la vida del protagonista del relato y que parece ser inmortal, no puede salir victorioso, no puede poseer su mente y su cuerpo por lo que, de la misma forma que Maupassant, sólo encuentra una salida a tal dilema: «No... no cabe duda, no cabe la menor duda, no ha muerto... y... entonces... ¡va a ser preciso que me mate yo!».

2. MÚLTIPLES OPINIONES

El debate sobre el componente autobiográfico de la obra de este genial escritor no está cerrado; muchos autores están a favor y otros tantos en contra de la creencia en la utilización por parte del escritor de sus propios hechos biográficos en su obra. Las dos siguientes citas sirven de ejemplo de estas posturas encontradas:

- a) Debemos, pues, estar seguros de que el autor de *El Horla* (...) nos refirió sus propias visiones, sus insomnios pertinaces, sus terrores horribles (Corzo, 1911).
- b) La locura se abre paso progresivamente en los cuentos de Maupassant como lo hizo en su vida. Pero el hecho de que tal estado atrajera su interés como objeto de literatura y que más tarde fuera una experiencia personal, no nos faculta para pensar que el talento de Maupassant como escritor fantástico se deba al hecho de que estuviera loco (...) Sus obras no son, pues, el resultado de una patología mental (Veloso, 2002).

A través de los puntos en común entre el escritor y su protagonista puede llegarse a la conclusión de que Maupassant se nutrió de sus propias experiencias y síntomas a modo de inspiración. Por otro lado, podemos pensar que, más que ante una inspiración, nos encontremos ante la expresión de una mente llena de temores, miedos y síntomas propios de la locura. De hecho, ya hemos mencionado que la mente de

Maupassant en el año en que se publicó el relato caminaba ya, de forma inevitable, hacia la locura. Así, inspiración o reflejo real son dos opciones posibles ante las que no existe una respuesta clara.

Lo que creemos poder descartar es la completa asimilación de la vida y final de ambos personajes puesto que, aunque las similitudes son más que evidentes, la fórmula de profecía autocumplida atenta contra el sentido común. Aun así, esto fue precisamente lo que ocurrió en un primer momento tras conocerse la noticia del ingreso en el psiquiátrico de Maupassant. Era fácil llegar a la conclusión de que él mismo había profetizado su fin y de esto se hizo eco la prensa del momento. Ese peligro de asimilación no escapó al propio autor, quien advirtió a su mayordomo Tassart:

He enviado hoy a París el manuscrito de *El Horla*, antes de ocho días comprobará usted que todos los periódicos publicarán que estoy loco. Que digan lo que quieran, pues yo estoy sano de espíritu, y sabía muy bien lo que hacía escribiendo este relato (cit. en Murat, 2001).

Sería muy cómodo acabar con esta cita que devuelve a Maupassant a su pedestal de creador lúcido, pero hemos de recordar que en el momento en que dice estas palabras ya está asolado por el fantasma de la locura, que le impulsa a querellarse con numerosos directores de periódicos acusándoles de robarle dinero, que le impide contener su verborrea o que le hace sufrir el fenómeno del doble. Así que, quizás un modo de no concluir un trabajo imposible es recordar que hay autores que nos muestran lo fantástico manteniendo su mente perfectamente cuerda, como Henry James por ejemplo, y otros que nos impulsan a las grietas más profundas del abismo y ellos mismos se pierden en ellas, como Paul Verlaine; pero tal vez estos dos caminos no logren explicar los mecanismos creativos de sus obras y nuestra única alternativa sea dejarnos subyugar por la obra de estos grandes autores, como es el caso de Guy de Maupassant.

Referencias bibliográficas

- CORZO, I. (1911): *La locura de Maupassant a través de sus obras*. La Habana, Papelería Francesa.
- MAUPASSANT, G. DE (2001): *El Horla y otros cuentos fantásticos*. Madrid, Alianza. (Orig. 1887).
- MURAT, L. (2001): *La Maison du docteur Blanche*. París, Editions Jean-Claude Lattès.
- VELOSO, I. (2002): «Introducción», en G. de Maupassant, *El Horla y otros cuentos*, pp. 9-93. Madrid, Cátedra.